

milicia nacional, y reuniríala, mas con la orden secreta de no hacer fuego, ni por manera ninguna inquietar á los manifestantes. Pero lo grave del caso estaba en que tamaños manifestantes, reunidos en tropes numerosos á quienes impelía el aluvión, y armados de armas varias provistas por la casualidad, iban al recinto de las leyes, vedado por la Constitución á las manifestaciones armadas. Debió sin duda el Alcalde con su autoridad conjurar este peligro é impedir al pueblo en armas la violación del sagrado de la representación popular y nacional. El pueblo recién emancipado, la Nación recién fundada, los factores democráticos y liberales todos necesitaban más que los factores privilegiados y reaccionarios, la inviolabilidad del Congreso, mayormente, cuando se atraía la cólera real, por sus medidas de castigo al clero injuramentado y de ánimo á las legiones patriotas. Lo quiso la fatalidad así; una parte del pueblo se dirigió desde la Bastilla por el barrio de San Antonio al Congreso, y otra parte se dirigió á igual sitio desde la Salpetriere, frente á la Bastilla, marchando ambas porciones como á un asalto y haciendo ensordecer el aire con los clamores de sus encendidos pechos y las vibraciones de sus apercebidas armas. Sabemos de sobra que celebraba el Congreso Legislativo sus sesiones en el picadero de las Tullerías armado medio siglo antes, para que Luis XV tomase, de niño, en sus arenas, las lecciones de sabia equitación, indispensables á quien recibe con su título de monarca su título de general. Grave caso hallar en una capitalidad antigua de Monarquía tradicional, perenne, monumento apropiado á las necesidades y habitación de un soberano Congreso. Cuando Luis XVI convocó los Estados generales, congrególos en dependencia de su palacio, dentro del sitio de Versalles, indicándoles así como debían á su carácter de consejeros cortesanos conformarse y no erigirse de manera ninguna en soberbios reyes. Pero, trasladada por un decreto y un movimiento del pueblo la capitalidad eterna del territorio francés á París y hecha la dejación de Versalles, el soberano Congreso tenía que marcharse también á su vez de Versalles y que acogerse á uno de los grandes edificios religiosos ó cortesanos, ya que una parte del partido revolucionario, los robiespierristas, se alojaban en monasterio de los dominicos, otra parte, los constitucionales, en monasterio de los fuldenses, otra parte, los dantonianos, en monasterio de San Francisco. Pero la diferencia entre un club de aluvión, sólo consagrado á debates ó conferencias, y un cuerpo bien organizado de la esfera pública es tan enorme que no había de hallar el Congreso nacional en su instalación las innumerables facilidades que habían hallado sus émulos. Sin embargo, en diez y ocho de Octubre levantó su sesión última del sitio de Versalles aquel Congreso Constituyente y en diez y nueve de Octubre, al otro día celebró su pública sesión en París. El arzobispo de París le franqueó su palacio arzobispal, y en aquellos salones de carácter eclesiástico se reunió por vez primera, bajo el cielo parisién, la grande Asamblea constituyente á quien podríamos llamar el Concilio ecuménico de la revolución, el Cenáculo divino de la libertad. Pero estaban los diputados en el Palacio

Arzobispal por todo extremo incómodos. La sala de sus sesiones era estrecha y larga. Veíanse muy pocas ventanas en ella; y los alejados de tales respiraderos se asfixiaban, mientras se constipaban los próximos á ellas. Hubo que desalojar pronto el Palacio Arzobispal. Y en él, por una de las coincidencias dramáticas en la Historia frecuentes, decretóse resolución eclesiástica y canónica, tan transcendente á todos los tiempos y á todas las generaciones, como que los bienes del clero pasasen á la Nación, decreto dado un día de fiesta, la conmemoración de los difuntos, bajo la presidencia de un clásico canonista, Camus; por iniciativa de un obispo, Talleyrand; en la morada del primado francés. Diez y nueve días tan sólo estuvieron los diputados en el Palacio Arzobispal, pues arreglaron de seguida el picadero regio en las Tullerías, oficinas de los padres dominicos y de los frailes fuldenses, con la Cancillería situada en la Plaza Vendome, para que sirvieran de anejos al sitio de las sesiones y de amplias dependencias al ejercicio de los poderes. La Geografía del espacio consagrado al cuerpo legislativo interesa mucho para el conocimiento de la jornada, que acaso generó la segunda revolución y trajo el definitivo rompimiento entre la vieja Monarquía y la nueva democracia el día veinte de Junio en mil setecientos noventa y dos. Próximo el Picadero por su parte oriental á la Plaza Vendome; por su parte norte á la Plaza Luis XV; por su parte occidental á los regios jardines de las Tullerías; por su parte sur á la calle de San Honorato, ligábase con los sitios más importantes de la capital; y todo lo que allí se hiciese, había por fuerza de repercutir en París, entéro y de tener enormes resonancias. Una verja se interponía entre las traseras del Palacio de los diputados y las delanteras del Palacio de los reyes. Un laberinto de patios se dilataba entre la sala del Picadero y la sala de los ministros. En uno de tales patios querían plantar los manifestantes, en celebración de la Jura del Trinquete, un árbol de la libertad.

Mr. Lenotre en su *Paris Revolucionario* ha descrito con exactitud las confusiones reinantes en el Congreso Legislativo á causa de la contextura del salón de sesiones y á causa también de las costumbres parlamentarias formadas en la revolución. Aunque tres edificios compongan el enorme palacio, todo está lleno y todo zumbante, pareciéndose á una colmena cada salón, y á un colmenar el todo: tanto se trabaja y tanto se delibera en aquel sitio por todas partes. Éntrase por el patio de los Fuldenses que da sobre la calle de San Honorato, entonces la principal de París. Pasadizos de tablas, peor ó mejor acondicionados, comunican unas con otras las partes principales del edificio. Celebra el Congreso dos sesiones, una por la mañana, por la tarde otra. Entre la gente que aguarda, ya el espectáculo, ya el negocio; pensionistas que cambian sus sueldos de la Casa Real por sueldos del Estado francés; abates necesitados de fijar sus posiciones perturbadas por la Constitución civil del clero; electores en busca de sus diputados; pretendientes en busca de su protector; partidarios en busca de sus jefes; curiosos en busca de copiosas emociones; ármase tal barullo que apenas pueden guardar el orden indispensable un ejército de ugières dedi-

cados á tan difícil oficio. En una tan grande agitación se habla mucho, se hace poco. Las nerviosas tensiones añadidas y sumadas unas con otras dejan escaso espacio al discurso y mucho al sentimiento. Así cosa difícil oír á los oradores, que suben y bajan por la tribuna, parecidos á figuras mecánicas, pues el estruendo fragoroso y el orden escasísimo impiden las regulares audiciones. Pobre nación, decía un inglés hablando de Francia, pobre nación en que todo el mundo sabe hablar y nadie sabe oír. Así los irreverentes gritos lanzados por los ugières en las sesiones parlamentarias francesas, riñendo á los diputados con gestos parecidos á los usuales antaño entre los maestros de palmeta en mano y disciplinas al hombro, causan extrañeza indecible á cualquier español habituado con la calma y dignidad de nuestras sesiones, las cuales alguna vez acostumbran á encrespase, pero jamás con el continuo y ruidoso encrespamiento de las sesiones francesas. Sobre todo, lo que más debe fijar nuestro interés por hallarse unido al hecho historiado, es la facilidad con que los Congresos aquellos abrían á todo el mundo la puerta y á todo el mundo le decretaban los honores de la sesión. Una sociedad artística trae por aquí retrato de filósofo, el cual sólo debía mover á pensamientos conciliadores, y lo expone allí en la barra como pudiera exponer el retrato de un general prometiendo y jurando, en su presencia y bajo su advocación, hallarse resueltos los consocios á convertir sus instrumentos de pintura en instrumentos de guerra, sus pinceles en espadas. Un día se aparece por aquellos espacios el cura Burnett, capellán de la Guardia Nacional, y despierta interés y atención en los diputados con las relaciones de sus proezas domésticas. Una mujer le acompaña, y esta mujer lleva dos chicuelos delante, ambos asustados, más dispuestos á patalear que á otra cosa, y en brazos lleva un robusto mamón. El capellán de la Milicia grita que aquella señora es su mujer, y aquellos muchachos sus hijos, manden cuanto manden cánones atrasados y arqueológicos, incapaces de dominar el corazón y de sobreponerse á lo natural. Mas conviene copiar lo siguiente, que consta en los diarios oficiales, pues, de no constar allí, lo crearíamos invención poética del historiador ó invención inverosímil. «Cierta día, exclamaba, topé con uno de mis compañeros injuramentados. Al verme dió como un salto atrás, obligado por la repulsión y díjome: ¿qué has hecho?—Un hijo, le respondí. Heme casado con esta señora, que ves aquí, nacida en la religión protestante, y no hay para qué tener en cuenta su fe; yo únicamente requiero de ella su cariño. O la esposa, ó la muerte: tal grito me inspira y me inspirará siempre la naturaleza». Y tras todas estas arrogancias dice con ademán más humilde. «Ambos somos pobres y ambos habitantes del campo; vengo á pedir la inmediata liquidación de cierta suma que sube á trescientos treinta francos empleada por mí en la decencia del culto». Enviada la súplica hecha por escrito á la comisión de liquidaciones, el cura y su mujer son admitidos á los honores de la sesión y recorren toda la sala, entre los aplausos de diputados y tribunas; llevando á cuestas el marido y la mujer sacrilegos los tres frutos de su bendito amor. Ya oradores del género humano que

predican la federación universal; ya poetas nómadas como los perros errantes y sin amo que recitan versos heroicos á la libertad: un día el jornalero cansado del trabajo culto en demanda de que le vuelvan al estado natural tan encarecido por Juan Jacobo Rousseau y otro día un anciano comido por el cáncer de la usura pidiendo socorro para mantenerse un poco más en la tierra; por un lado la comisión del departamento de la Drome, quien lleva dos gemelos dotados con tal índole pictórica que nacieron pintando del vientre de su madre y piden para ellos escuela; junto á un memorial con millares de firmas republicanas una carta ó mensaje del Rey al Congreso aportado por el guarda-sellos y conducido con toda solemnidad; por manera que la tradición de recibir gentes era una costumbre antigua y arraigada, la cual explica un poco, si no excusa, el temerario acto de abrir un sublime santuario, como el santuario de las leyes, al cometa de una manifestación tormentosa, que por todas partes anunciaba el inevitable advenimiento de nuevas revoluciones.

Por fin estalló la manifestación, semejante á un estallido tremendo de aquellas revoluciones que llenaban los aires, por hallarse de ellas henchidos los espíritus. Imaginaos una serpiente apocalíptica, de mil cabezas, como las serpientes ideadas en su cautiverio por los profetas proscritos de Jerusalén y asentados so los sauces de Babilonia; inmenso monstruo, con áspides por lenguas, con relampagueos por ojos y miradas, con resuellos de huracanes, movido en sus vías al ímpetu de pasiones confusas; indescifrable según su aspecto general, proviniendo de rostros sin número, á cual más encendido en ira; compuesto por muchedumbres, del abismo levantadas, como los diablos evocados por la sortilegia y por la magia; especie de colosal constrictor, cuyos anillos apretaban, en estas horas angustiosísimas, á París, hasta descomponerlo y ahogarlo, cual si llegasen los últimos días de la civilización entre terrores análogos con los despertados por las hordas mongólicas, vándalas, atilesas, que dejaban tras sí las ruínas del antiguo mundo, ó aventaban á los cuatro vientos el polvo de los cadáveres, tostados entre las llamas de los incendios eternos, parecidos á terribles erupciones cósmicas. Del abismo de las grandes capitales, más oscuro y misterioso que los abismos del mar, se levantaban manifestantes de todas procedencias y condiciones, provocando todavía nuevos manifestantes, nunca vistos, rebujo de todas las miserias y detritus de todas las enfermedades sociales, quienes entonaban un coro de canciones revolucionarias y blandían un cúmulo de armas desconocidas, que hubieran puesto miedo en el ánimo más esforzado y en el más belicoso temperamento. Aquellas sus canciones parecían surgir de los infernales centros colocados por los teólogos en las subterráneas entrañas del planeta, según lo siniestras, y aquellas armas se iban forjando á la increíble aparición de los armados, por algún genio diabólico. Junto á los muñidores de buen aspecto, las hordas de aspecto apocalíptico. Y estas hordas, no obstante su consigna que les había prohibido toda extralimitación de los legales radios, armadas con picas, chuzos, cuchillos, navajas, instrumentos de zapatería y de co-